

Dirección, Redacción y Administración. Plaza de la Constitución, 5.

El pueblo

Precios de suscripción

En Totana el mes, 0'60

Fuera, el semestre, 4'00

El año 8'00

Pago adelantado

Semanario de información general y fomento agrícola

No se devuelven los originales



Con censura Eclesiástica



La Correspondencia al Director

OYENDO A LA OPINIÓN

Una impaciencia saludable

Hace un mes no había impaciencia en las gentes. Llevábamos cerca de cuarenta años—por medir desde el pacto de El Pardo el último escalón de la decadencia española—en espera de un día prometedor, al acecho de una hora de esperanza. Se sucedían vertiginosamente los Gobiernos y ninguno nos traía alientos ni dejaba rastro. Perdidos y desorientados en un páramo de la historia, no sabíamos los españoles invocar nuestras pasadas grandezas, tan lejanas, ni confiar en un porvenir de redención. No había impaciencia porque no había esperanza; porque creíamos agotadas todas las energías y apurados todos los recursos.

Ahora se nos dice: «No os impacientéis». Y se nos dice por una de dos cosas: Porque estamos impacientes, o porque somos ya capaces de impacientarnos. Si el movimiento que muchos llaman militar, y que nosotros llamamos nacional, del 13 de septiembre no hubiese hecho otro bien a España, le habría proporcionado, por lo menos, este don de avidez, que es como una revelación de vida; que no hay fe de vida como el ansia de lo lejano.

«No os impacientéis», dice el presidente del Directorio. Pero sí debemos impacientarnos, y en esta inquietud ansiosa del espíritu nacional debe hallar el Directorio no sólo el estímulo principal para su trabajo, sino la corroboración más firme de la confianza con que le ha recibido el país.

Despetar a un pueblo es obra buena, pero que obliga a mucho. Y a un pueblo de tanto tiempo dormido y tan hambriento de justicia como éste no es fácil tasarle las exigencias en la hora del desmerezo. Hoy el pueblo español está impaciente; está despierto y vivo; empieza a esperar, y una confusa alegría le ha dilatado el corazón. Defraudarle sería peor que haberle dejado dormir para siempre.

Es tan profunda la renovación necesaria en España que nadie puede creerla cosa de un momento. Sería de insensatos o de hombres de mala fe pedir al Directorio que en el espacio de unas semanas construyese una nación nueva. Ni aún la labor de derribo y descombro que se espera de él puede ser tan rápida como se supuso en la ilusión de los primeros momentos. Pero también es cierto que situaciones como la presente han de obedecer, para justificarse, a un ritmo acelerado y no dejar que se adormezca un punto la saludable expectativa del país. La última frase del señor Maura, que compara a la situación actual con una bicicleta, se ha popularizado inmediatamente porque traduce de un modo gráfico el pensamiento común.

No queremos apremiar al directorio: de ningún modo deseamos que se precipite en sus resoluciones con perjuicio de la madurez a que debe someterlas todas. Pero si queremos advertirle, como amigos leales, que entre el premio irreflexivo y la demasiada calma hay un saludable término medio. Y que es necesario aprovechar la impaciencia del

país porque es señal de esperanza. No hay que guiarse de los que querían ver hecho en un mes lo que no se hizo en cuarenta años. Pero si hay que probar con hechos incasantes que se quiere aprovechar el primer minuto de resurrección de un pueblo que permaneció transido, no ya durante cuarenta años, sino durante cuatro siglos.

No pedimos trucos escenográficos ni sensaciones diarias de ruido y vanidad. Pero si declaramos que en la obra emprendida toda solución de continuidad es un peligro.

La fiesta de la Raza

¡12 de octubre! ¿Para quien no tendrá esta fecha un grato recuerdo? ¿Quien, que sea verdadero español, no sentirá su sangre arder al sólo conjuro de esta fecha, que trae en sí, aquella otra memorable de muchos años há, en que el gran navegante, el insigne Cristóbal Colombo, el intrépido genovés, descubrió para España un Nuevo Mundo?

Por todos es bien conocida la historia de Colombo o Colón y de su gran descubrimiento; así es que voy a limitarme a esbozar en pocas líneas, algunos pasajes de ella.

Nació Cristóbal Colón en Génova o sus alrededores en 1442. De una noble casa venida a menos a raíz de las guerras de Lombardía, se dedicó a la marina en donde hizo verdaderos progresos. Estudioso y trabajador incansable, reunió en poco tiempo extensos conocimientos de geometría, astronomía y cosmografía.

De estos estudios sacó Colón la consecuencia de que «partiendo de la Europa Occidental y atravesando el mar el línea resta, puesto que la tierra era redonda, habría necesariamente de encontrarse un nuevo mundo o desembarcar en la parte oriental de Asia».

Marchó Colón a Portugal y expuso sus proyectos al Rey D. Juan II el cual los desdenó por absurdos; pero algunos de aquellos miserables que se llamaban políticos, propusieron al rey que entretuviese con esperanzas a aquel aventurero, mientras enviaban sus naves a averiguar lo que hubiese de cierto en sus proposiciones. Colón, desengañado de aquellas intrigas, huyó secretamente y marchó a las cortes de Francia e Inglaterra, en donde obtuvo el mismo resultado negativo. Los años pasaban y nada le indicaba la posibilidad de realizar sus esperanzas, cuando pensó en España y en sus Reyes Católicos.

Hacia Castilla se dirigió y a pie y con su hijo Diego, pidió hospitalidad en el monasterio de Santa María de la Rábida (Huelva). Por mediación del prior Fray Juan Pérez, fué presentado al Cardenal de Mendoza, llamado el tercer rey de España. Se nombró una comisión de geógrafos para examinar sus proyectos y la reunión se llevó a cabo en los Dominicos de Salamanca. El proyecto no fué reprobado, pero las guerras que entonces absorbían toda la atención de la Corte, hicieron imposible su realización.

Volvió a la Rábida y Fray Pérez, después de oír nuevamente su proyecto, lo presentó a la Reina Católica, la cual presenciaba, desde la improvisada Ciudad de Santa Fe, la conquista del último baluarte moro, la hermosa Granada. Isabel, convencida de que dos naves y trescientas mil coronas bastarían para realizar aquella temeraria empresa, ofreció sus propias joyas para completar aquella suma si su ministro no podía darlas.

Acordose que la ciudad de Palos (Huelva) facilitase a Colón las carabelas necesarias y gracias a los esfuerzos de Alonso Pinzón, pudo reclutarse gente para las tres naves preparadas, que se llamaban «La Santa María», «La Pinta» y «La Niña».

Y por fin llegó el día de la partida, el 3 de agosto de 1492. El puerto de Palos estaba ocupado por los deudos y amigos de los expedicionarios. Colón abrazó a su hijo y a Fray Pérez y embarcó. En el ánimo de los que en tierra quedaban, estaba la convicción de que no volverían.

Dos meses llevaban de navegación y el desaliento y la insubordinación comenzó a cundir entre la tripulación. Habían andado ya las setecientas cincuenta leguas que Colón calculaba entre España y el mundo desconocido y ni la más leve señal de tierra se vislumbraba; la ilusión de las nubes, que se tomaban por islas, redobó el desaliento con el desengaño. Se sublevaron el 10 de octubre y atentaron contra la vida del Almirante, pero éste, fiando en Dios, los apaciguó dándoles un plazo de tres días. En la noche del 11 al 12, el vijía de la «Pinta», descubrió en el horizonte una hoguera y lo puso en conocimiento de Colón; pero la chusma no vió en ella, mas que una ilusión o efecto de óptica. Pero al clarear el día una franja de tierra apareció a poca distancia de las naves. Las voces de: «¡Tierra! ¡Tierra!», corrieron de boca en boca y la tripulación arrepentida cayó a los pies del insigne marino pidiéndole perdón.

El sol del 12 de octubre de 1492, alumbró una de las más bellas islas, la de San Salvador, de cuyos bosques, de un verde desconocido, salieron una multitud de hombres desnudos y admirados, Echadas al agua las chalupas, vestido de gala y con el estandarte real en la mano, desembarcó Colón; los marineros besaban la tierra de promisión y el Almirante, clavando en el suelo el pendón de Castilla, tomó posesión de aquellas tierras en nombre de los Reyes Católicos.

Esta es la fecha, 12 de octubre de 1492, que España celebra hoy y en que Cristóbal Colón conquistó para ella un mundo nuevo, formado hoy por 20 estados, en la mayoría de los cuales se habla nuestro idioma y se respeta y se quiere a la madre España,

«A Castilla y a León
Nuevo mundo dió Colón».

EN TOTANA

También nuestro querido pueblo celebra hoy la fiesta hermosa de la Raza. Organizada por las autoridades se llevó a cabo bajo el programa siguiente:

POR LA MAÑANA.—A las 9 se ce-

lebró misa mayor, con orquesta. El templo estaba abarrotado de público. Ocupó la sagrada cátedra el Rvdo. P. Gonzalo, que con su verbo cálido y su oratoria sin igual, realizó la fiesta que se celebraba, tanto religiosa como profana; habló de los descubridores y conquistadores de la segunda España, ensalzando a la Reina Católica, por su sublime acción. Tiene frases de cariño para el pueblo y saluda a las autoridades, felicitándolas por su acuerdo.

POR LA NOCHE.—En el «Salón Rosa» celebróse la velada conmemorativa, proyectándose primeramente la preciosa película en cuatro partes «La gran aventura». Inmediatamente después la bellísima señorita Teresa Cayuela, acompañada al piano magistralmente por la simpática Pepita López, cantó con su dulce y modulada voz, la preciosa partitura de «Benamor». Una clamorosa ovación ahogó las últimas notas del piano, premiando a las bellas jóvenes su trabajo.

Levantose el telón y una ovación acogió a la Presidencia del acto, formada por el Sr. Alcalde, que tenía a su derecha al Sr. Juez de Instrucción, don Francisco Soler y don Mariano Camacho y a su izquierda, al Rector de Capuchinos Rvdo. P. Ludovico, Sr. Teniente de la Guardia Civil, don Antonio López y don José Cayuela Meca.

Se levanta a hablar el P. Ludovico y es saludado con aplausos. Comienza agradeciendo a las autoridades la deferencia que con él han tenido al invitarle a este acto y saludando al público que a él asiste.

«Quiero en vosotros —dice— saludar a la noble raza española, a la raza que hoy festejamos, cuna de héroes; a esa raza española, la más grande, la que ha dado vida a ese Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón, glorioso navegante».

Hace alusión a la Reina Isabel la Católica, ensalzando su obra de generosidad y abnegación, al fomentar la empresa de Colón, aunque para ello tuviese que empeñar sus joyas.

Habla de América, la que ha visitado, y al contemplar aquellas vastas regiones, al escuchar en boca de sus habitantes el idioma patrio, una dulce sensación invadía mi alma, y me hacía recordar a los continuadores de la obra de Colón y conquistadores agueridos de aquellos países, Pizarro, Hernán-Cortés, Valdivia, Quiñones y Bolívar; también al contemplar sus costas bravías mi pensamiento buscó a Basco Núñez de Balboa, el cual, con sólo 40 hombres, recorre aquellos contornos hasta llegar al Pacífico y poder exclamar: ¡Agua nueva! ¡Mar nuevo!

Termina con un «¡Viva España madre de América!», contestado por todo el público y una estruendosa ovación premia el hermoso discurso del P. Ludovico.

A continuación el alumno interno del Colegio de S. Buenaventura Marcelino Sarrío, lee con voz clara y buena declamación, una hermosa poesía titulada «A la Bandera Española» que, después de compararla con todo lo más grande y más santo de la vida, termina así:

«Gloria a tí, pabellón de Castilla,
pincelada de sangre y de sol,

quien no doble ante tí la rodilla
no merece llamarse español.»

Una salva de aplausos, corona la lectura de esta admirable composición.

D. José Monje, con su arte peculiar, recita la hermosa obra del inmortal Echegaray titulada, «El prólogo de un drama» siendo ensordecedoramente ovacionado.

D. Francisco Aledo, recita, también de forma magistral, la bonita composición del poeta Álvarez de Sotomayor, titulada «El Leñador» siendo largamente aplaudido.

A continuación Teresa Cayuela, acompañada por Pepita López y la orquesta, nos deleita nuevamente cantando con singular maestría y arte «La Montería». Una nueva ovación es el premio que reciben.

D. José Cayuela Meca, regocija al público en su discurso. Empieza ensalzando a la mujer totanera. Se extiende en consideraciones sobre el amor y al final de ellas, nos quedamos sin saber que es el amor. La risa y aplausos del auditorio interrumpen varias veces al orador, que, ¡por fin! termina su «pausado» discurso con vivas a España, al Rey y al Ejército.

A continuación, el Sr. Cuellar da las gracias en nombre de las autoridades y se da fin al acto, interpretando la orquesta la Marcha Real, que es escuchada en pie por el público.

El Duende del Misterio

12-10-23

Cartas a Toribio

(I)

Toribio, saca la lengua,
saca la lengua, Toribio;
mira, que si no la sacas
te van a dar un trito.

Lector simpático; Tengo el alto y empingorotado honor de presentarte a mi *ilustre amigo* D. Toribio Jipi Tirantes, por buen nombre Florecillas.

—¡.....!

—Si, hombre: Toribio así a secas, como yo le llamo, pues el Don le pega muy mal, es un muchacho *presentable* con más ángel que el Mochila,

—¡.....!

—Amiguísimo mío; si, señor; tanto, que si estuviese en su mano me haría Ministro.... aunque fuese del Señor.

—¿.....?

—Alto no es, pues es bastante bajo; pero ¡vaya! no es de los que tienen que empinarse para recoger las colillas del suelo.

—¡.....!!

—Riete, pero es así: bagico, gordico, pelaico, coloraico.... vamos, una cosa así como el as de oros.

—¿.....?